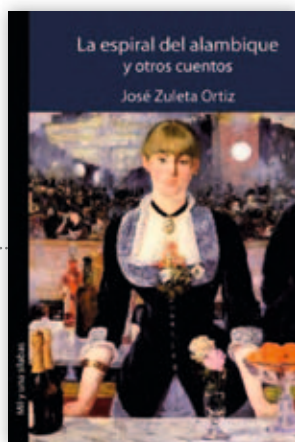


La espiral del alambique



La espiral del alambique

José Zuleta Ortiz

Sílaba Editores

Medellín, 2014

150 p.

El inusual título del libro de Zuleta mueve a la curiosidad. ¿A qué se debe? Podría argumentarse que obedece a un capricho del autor, porque le pareció sonoro y atractivo; o quizá busca subrayar el relato del mismo nombre, porque es el de su preferencia; o más bien, y esta sería la hipótesis de este texto, porque compendia el sentido de sus cuentos.

La palabra alambique es tan sugestiva y enigmática como sus sinónimos: alquitara, alcatara, destilador, cucúrbita, retorta... Y si se usa como adjetivo, la atracción continúa: afectado, exquisito, justo, exacto, preciso, sutil... Si consistiera en preferencias, no dudaría en quedarme con la palabra alquitara, por femenina y musical, pero, por otro lado, alambique provoca en mí una asociación caprichosa con un alambre envuelto en sí mismo, como el entramado de algún relato. ¿Será que esta intuición apunta también a la hipótesis? Al menos coincide con la espiral, señalada directamente por el título, ese lugar preciso del artefacto en donde cae el líquido destilado, es decir, su esencia.

Destilar, en su origen etimológico, remite al proceso químico de extraer las gotas, tan lentamente, que parecen congeladas. Algo así como cuando el artista

intenta sujetar un fragmento, espejo de la realidad que lo circunda. Ineludible relacionar entonces el proceso de destilación, y por supuesto de la química, con la literatura. En este punto es necesario preguntarse si es la escritura la materia destilada, o si más bien son rasgos de la condición humana los que se extraen del sentido de sus cuentos.

Salvo unos pocos, podrían dividirse estos relatos en dos grandes grupos: los que hablan sobre las relaciones de pareja, y más precisamente sobre el matrimonio, y aquellos que tratan sobre la violencia, aunque con diferentes enfoques y matices.

En el primer grupo se ubica el cuento origen del título del libro, cuya trama se construye mediante acciones paralelas y juguetonas que exaltan el amor leve y sin compromisos en contraste con la relación desgastada de los esposos. El inicio atrapa al lector: una muchacha despierta en la casa del hombre con quien estuvo la noche anterior, pero no recuerda nada. Para colmo, resulta casado. Después de muchos intrínquilos, los dos que eran extraños descubren una mutua complicidad; la química opera como un elemento en discordia que “destila” y produce cambios sorprendidos.

El mismo tema reaparece en “Tres noches, cuatro días”. Relata los avatares de una pareja durante su luna de miel en un crucero por el Caribe. El plan engañoso ofrecido por la agencia de turismo es una metáfora del matrimonio; contrario a sus sueños, los protagonistas quedan atrapados en un remedo de barco bien distinto al que les habían ofrecido. Los hechos parecen dictados por una fatalidad ajena a su voluntad. Para colmo, nada parece unir a la pareja, excepto el absurdo:

Margarita sintió vértigo cuando subió por la escalerilla. Una vez en cubierta, trató de mantenerse alejada de la baranda. Pablo por el contrario parecía feliz mirando las aguas desde la borda. [...] Sobre las sábanas blancas había dos rosas rojas en cruz. A Margarita le encantó el detalle. “Tan lindos”, dijo, como pronunciando un pensamiento. “La cruz del matrimonio”, pensó Pablo (15).

Las mentiras, la incomunicación y el desengaño van llevando a los cónyuges por una ruta que promete una larga e infeliz vida en común. No obstante, persisten en la relación para obedecer los dictados de las convenciones sociales. El erotismo, como un duende juguetón, aparece en un lugar inesperado:

Margarita se durmió; el antídoto contra el mareo le produjo un sueño profundo.

Pablo estrenó sus gafas para espiar las muchachas que jugaban a ser grandes y a mostrar más de lo que nunca

habían mostrado. Una de ellas se retiró el sostén del bikini y giró para broncear su espalda; lo hizo sin prisa para que Pablo pudiera ver sus pechos (16).

Con humor, la crítica pone el dedo en la llaga, una llaga de la que de una u otra forma todos adolecemos, por ello invita a la complicidad y al divertimento. Las descripciones cierran con broche de oro este buen relato: “La música era feliz en el cuerpo de aquella muchacha” (17), “La ciudad encendió sus luces, el día temblaba en lo alto” (19).

Igual sucede en “La decisión de los Bersman”. El lector no sabe si reír o lamentarse mientras presencia la manera como un matrimonio de holandeses de edad madura construye su propia atadura y cierra voluntariamente el nudo con una decisión absurda, adoptar dos niños:

Wilmer era el mayor. En su rostro, la fuerza espectroscópica de los grandes ojos atraía poderosamente. La nitidez de la boca enmarcada por labios turgentes como cascos de níspero, le confería una incipiente voluptuosidad. Tenía una firmeza en sus nalgas, brazos y muslos que asombró a la señora Bersman cuando trató de abrazarlo [...] El otro era un niño retraído de ojos huidizos, rasgos confusos y color indefinido. Un niño ausente, su silencio nada tenía que ver con sus capacidades cognitivas. Aquel hermetismo parecía fundarse, más que en la timidez, en el discernimiento y el cálculo (75).

La tensión nos lleva de su mano a lo largo del relato, mientras observamos comprensivos la manía que tenemos de enredarnos la vida y construir voluntariamente nuestras propias cárceles.

El otro tema, el de la violencia, lo aborda Zuleta con un estilo muy personal. Es como si el autor lograra, en una rara mezcla de ingredientes, aunar ternura y violencia y, al mismo tiempo, evitar el amarillismo. Ternura, porque a pesar de la denuncia, una suerte de comprensión absuelve a los personajes, arrojados al hecho violento por las circunstancias que marcan sus vidas, o por las pasiones que los dominan. Aunque los tópicos son el narcotráfico, la miseria, la desigualdad, la injusticia, el asesinato, estos no mueven a la curiosidad morbosa, ni tienen el afán periodístico de publicar la noticia en boga, ni de ser los más vendidos. Eso se nota. Se nota en la manera de tratar a los personajes y en la delicadeza humana para abordar los asuntos. En “Las monedas perdidas”, por ejemplo, el protagonista viaja en busca de sí mismo a Juanchaco, al norte del puerto de Buenaventura, y se topa con una tragedia humana de la que involuntariamente él ha sido el detonante. Y es tal y tanta, si cabe la hipérbole ante un hecho de esta naturaleza, que su propia desazón pierde importancia.

Los personajes, domeñados por la naturaleza y a merced de las condiciones, producen el infausto desenlace. Forma y contenido se aúnan de manera impecable: en primer lugar, el personaje se llama Marino y esto ya de por sí es una incitación para el lector, porque el protagonista es un escritor que se adentra en la costa Pacífica para encontrar el rumbo que se le ha perdido, y para alcanzar una paz que, paradójicamente, no le brinda el Pacífico. En segundo lugar, la descripción no solo sirve para ambientar, también siembra indicios premonitorios y acentúa la tragedia con un tono poético y lúgubre cuyo ritmo e imágenes tienen mucha fuerza:

Mientras llegaba la lancha, vieron que se aproximaban unos deudos con un fétetro. Trajes negros, blancos y marrones, lágrimas como líneas de mercurio sobre mejilla de pizarra. Cantos sordos, lamentos. Niños corrían entre la tragedia. Sobre el encapotado océano apareció la punta espumosa de una lancha” (52). Finalmente, la desdicha remata con tintes de realismo mágico: “a la madre del muerto le tocó sentarse sobre el cajón donde yacía su hijo” (53). Antes del hecho violento, centro del relato, el narrador nos acerca al protagonista. No olvida que la dimensión de las tragedias se mide en primer lugar adentro de cada ser y que solo asomándonos a su interioridad es posible entenderlas. Esta historia transcurre en solo tres días y deja al lector la tarea de recoger los brillos ilusorios de las monedas a las que remiten el título y el final, para ahondar en este relato cuyos ecos dolorosos quedan resonando.

En ese mismo entorno de la costa Pacífica, y también rodeado de violencia, se desarrolla “Una cometa y Gabriela”. Los personajes, hijos de dos hermanas y de un mismo padre, son criados por ellas con la ayuda de la abuela. Su mundo es idílico, son libres y felices. Así podría sintetizarse la primera parte, si no fuera porque allí el hecho más importante es la fugaz aparición del padre, que alardea de su virilidad por haber “preñado” a ambas madres en la misma semana. Su único gesto con los hijos consiste en llevarlos a elevar una enorme cometa. La sensación que despierta en ellos esta experiencia sirve de enlace para la segunda parte, cuando los niños, ya adolescentes, se enamoran al unísono de Gabriela, una mulata alegre y reidora:

Cuando Óscar la vio ya tenía diecisiete años. Sintió lo mismo que había sentido años atrás, la vez que su papá le entregó la cometa en la baranda de la grúa: una emoción nueva, un viento inasible que lo halaba con fuerza y que sobrevolaba su ser. Cuando Camilo la vio sintió lo mismo y le contó a Óscar. Óscar guardó silencio (86).

El contraste con la vida feliz de estos dos personajes acrecienta el efecto del desenlace. Los hermanos

empiezan a trabajar para un mafioso que se engolosa con la muchacha; los hechos se suman y producen la tragedia. Forma y contenido se aúnan y producen sentido: dos protagonistas, dos partes en el relato, dos edades —la de la niñez y la de la adolescencia—, dos madres; un solo lugar, un solo padre y un antagonista capaz de barrer de un tajo la edad feliz para arrojar a los muchachos a la desventura y a la vida adulta.

La lista de buenos cuentos podría continuar. Pero bastan los anteriores para responder a la pregunta sobre el origen del título y para afirmar, sin lugar a dudas, que este sí compendia el sentido del texto, porque aquí la escritura funge como una alquitara en donde el fuego de las pasiones de los personajes produce, de manera inquietante e inolvidable, la gota prístina que permite ver la esencia humana a través de algunos rasgos de nuestra paradójica condición. **U**

Emma Lucía Ardila (Colombia)



Novedades



*Diario de lectura III
León de Greiff,
quintaesencia de la
poesía*
Luis Fernando Macías
Hilo de plata Editores
Medellín, 2015
168 p.

ALMA MATER

Universidad de Antioquia

ALMA MATER

Universidad de Antioquia

108 Medellín, noviembre de 2015 ISSN 0190-0702 • http://revista.almater.udea.edu.co • almater@udea.edu.co



Antonio Rodríguez, periodista de la Emisora Cultural, Premio nacional de periodismo Simón Bolívar



Investigadores de las universidades de Antioquia, de Caldas y de la Estatal de Illinois, avanza en el desarrollo de un medicamento contra la leishmaniasis

El municipio por las humanidades

Competimos con el alma en los Juegos Nacionales Universitarios



El 3 y 4 de noviembre 49.416 aspirantes presentarán el examen de admisión a la Universidad de Antioquia

Noticias y análisis de actualidad permanente

Contar lo que hacemos es un deber constitucional
Conocer lo que hacemos es un derecho ciudadano

<http://almater.udea.edu.co> • almater@udea.edu.co